

EL ARTE MUDEJAR Y EL SALON DE LA CASA DE MESA

De lo que fuera una de las más ricas mansiones toledanas de la Baja Edad Media se conserva solamente el llamado Salón de la Casa de Mesa. Se trata de una estancia rectangular, de estilo mudéjar, cuya ornamentación tiene toda la riqueza propia de la arquitectura toledana en las últimas centurias medievales. El yeso, la madera y el barro vidriado, como es norma en las obras de este arte, se combinan en ella sabiamente, mostrándonos un complejo repertorio de temas y composiciones de gran belleza.

Y E S E R I A S

En contraste con el muro encalado, desnudo —tal vez en otros tiempos adornado con tapices—, las yeserías se despliegan en ciertas zonas concretas, según normas heredadas del arte hispanomusulmán y, en especial, en torno al arco angrelado, a través del cual se accede a la estancia desde el patio (lám. 1).

El salón se decora en la zona alta de sus muros con un friso de yeso protagonizado por hojas de roble y bellotas, enmarcado por dos cenefas de roleos con hojas de vid (fig. 1, 1).

Cenefas de roleos con bellotas y hojas de roble enmarcan también las dos hornacinas existentes a ambos lados del arco, las cuales conservan en ciertas zonas restos de policromía. Sobre ambos vanos, dos paneles rectangulares dispuestos horizontalmente (fig. 1, 2) ostentan una cinta de dos cabos desarrollando un esquema de lazo octogonal, con sinos de ocho y espacios o cartelas de doce o de cuatro lóbulos, en cuyo interior se inscriben hojas estilizadas.

Lateralmente enmarcan el arco dos paneles rectangulares apaisados (fig. 1, 3), en los cuales se aprecian dos arcos mixtilíneos de lóbulos verticales, que apean una pareja central de columnillas y dos columnillas laterales (fig. 2). Todas ellas tienen fuste liso y capitel pseudo-corintio, integrado por parejas de palmas aserradas, y cimacio

decorado con atauriques más sencillos. El tema vegetal más destacado en ambos paneles es nuevamente la hoja de roble, pero en este caso dispuesta simétricamente en grupos de tres (fig. 3) y al extremo de roleos. Dentro de cada uno de los arcos mixtilíneos van cinco tallos incurvados, en cuyos extremos se ven los citados grupos de tres hojas. Terminan en medias palmetas disimétricas, con trébol o aserradas (fig. 4), y florones formados por cuatro hojas dentadas con cogollo en el centro (fig. 5), los roleos exteriores a los mencionados arquillos. Dentro del lóbulo central de éstos van sendas piñas o forman acogolladas.

Por encima de la decoración descrita vemos dos paneles rectangulares verticales (fig. 1, 4), asimismo con roleos, los cuales engendran un esquema de sebqa vegetal. Dos tipos principales de formas florales se disponen al extremo de los tallos (fig. 6). Una consiste en parejas de medias palmetas con trébol, emergiendo del centro una piña, siendo la otra un curioso florón formado por seis hojas aserradas, rematando en cogollito. Otros roleos terminan en hojas dentadas.

El arco resulta enmarcado por arriba mediante dos paneles rectangulares (fig. 1, 5 y 7), quedando entre ellos cinco vanos. Las yeserías del panel superior (fig. 1, 7) consisten en simples tallos con otra variante de las tres hojas de roble (fig. 7), sirviendo de marco una orla de roleos con hojas de vid. Los cinco vanos (fig. 1, 6) tienen arcos de medio punto, sin impostas, y llevan en su luz celosías geométricas de yeso, ostentando alrededor cenefas con yeserías de diferente temática, unas geométricas y otras con atauriques. Actualmente los vanos están cegados, pero en su origen estarían abiertos, ya que este sistema de arcos —generalmente cinco— sobre las puertas de las estancias abiertas a patios, fue la forma habitual de iluminar y ventilar los salones, tanto en el arte hispanomusulmán como en el mudéjar. Las muestras en el mudéjar toledano son abundantes —Taller del Moro, Patio de la Enfermería en Santa Isabel, etc.

Entremedias de los citados vanos hay cuatro paneles rectangulares verticales, dos con roleos terminados en piñas, y otros dos con racimos y piñas algo más pequeñas.

En el panel rectangular situado debajo de las ventanas y encima del arco (fig. 1, 5) se combinan, siempre en yeso, roleos y medias palmetas aserradas o con trébol (fig. 8).

Nuevamente hallamos hojas de roble, al extremo de tallos serpenteantes, en las albanegas del arco, en este caso representadas de forma individual, aunque con abundantes bellotas (fig. 1, 8 y fig. 8).

El gran arco de entrada es ligeramente peraltado y por su ornato es de los denominados angrelados o festoneados, con un intradós limitado por puntilla en el borde, formando lóbulos de yeso calado, seguido de orla reticulada y otra de lóbulos cóncavos. En cuanto a las yeserías del intradós, de gran calidad y belleza, constan de espléndidas hojas de vid, al extremo de gruesos tallos incurvados, grupos de tres hojas de roble, piñas y nudos rellenos de trébol (fig. 9).

Sendos paneles rectangulares verticalmente dispuestos continúan en las jambas la decoración en yeso del intradós del arco, partiendo de la imposta en nacela de donde arranca éste. Esta consta de una cenefa de medias palmetas afrontadas por su nervio central y otra de roleos con tres hojitas de remate. Muy bellas son las yeserías de las jambas, con sendas parejas de arcos enlazados (íam. 2), los cuales engendran arcos de lóbulos cóncavos y apuntados, alternados, de influencia almohade (fig. 11). Los lazos, al continuarse en la clave de los arcos, forman marcos circulares donde se inscriben composiciones geométricas exagonales. El fondo se cubre nuevamente con roleos y hojas de roble, dispuestas individualmente o en grupos de tres, y con palmetas disimétricas digitadas y anilladas, de tamaño bastante grande.

Todo el repertorio temático descrito, realizado en yeso, se desarrolla sobre un fondo rehundido, enteramente cubierto por unas pequeñas palmetas con anillos y digitaciones, como es norma en todas las yeserías mudéjares toledanas, desde el siglo XIII a fines del XV.

Vemos, pues, cómo la Casa de Mesa, a tenor de los temas enumerados, se decora con un verdadero dechado de motivos mudéjares de carácter vegetal y geométrico. Es importante resaltar que, para completar el repertorio habitual de las yeserías de estos siglos, faltan los temas epigráficos, tanto en alfabeto árabe como gótico. Desconocemos si esta carencia de inscripciones se debe a que nunca existieron o a que se suprimieron, por causas que ignoramos, en un momento dado.

En uno de los muros estrechos de la estancia —el de la izquierda, entrando desde el patio— un arco geminado angrelado, con columna

central de capitel decorado con el IHS, rompiendo el friso corrido alto de yeso, ostenta en amplio marco otro tipo de yeserías, integradas por tracerías de ascendencia flamígera.

Resumiendo lo expuesto, podemos decir que los motivos ornamentales de las yeserías del Salón de Mesa se dividen en tres grupos: vegetales, geométricos y arquitectónicos.

Dentro de los elementos fitomorfos hemos visto temas estilizados, de clara ascendencia hispanomusulmana —los llamados atauriques—, mezclados con motivos naturalistas, de filiación gótica.

Aunque las variantes del ataurique son abundantes, como hemos señalado en la descripción de cada panel ornamental, las formas principales son: las hojas digitadas y anilladas, las palmetas aserradas, las hojas rellenas de trébol, las piñas y distintas formas acogolladas. En cuanto a los temas naturalistas, de influencia gótica, destacamos las hojas de vid, las de roble y las bellotas.

Todos y cada uno de los motivos indicados cuentan con una larga tradición en el mudéjar toledano, cuyo análisis, origen y evolución hemos realizado en otros trabajos.

Algunos de estos temas, como las palmetas digitadas y anilladas —partiendo del acanto clásico y califal—, que, como hemos dicho, sirven de fondo a todos los demás temas ornamentales, aparecen ya en yeserías del siglo XIII, como las de los capiteles de Santa María la Blanca, las del sepulcro de Fernán Pérez en la capilla de Belén del Convento de Santa Fe († 1242) y las del sepulcro de Fernando Gudiel († 1278), en la capilla de San Eugenio de la Catedral. Aún más antiguas son las digitaciones y anillos, hasta ahora inéditos, aparecidos recientemente en un arco del Convento de Santa Clara (1). Se trata de un ataurique del siglo XII de claro estilo almorávide, similar al de ciertas yeserías de esa época, especialmente las de la Qarawiyin de Fez.

Los temas vegetales de influjo gótico, como la hoja de roble y la de vid, se difundieron en Toledo a partir del siglo XIV. Las hojas

(1) En mi artículo *El arte mudéjar en el Monasterio de Santa Clara la Real de Toledo*, Archivo Español de Arte, 184, 1973, págs. 369-390, no hago mención de estas yeserías, porque se han descubierto con posterioridad, al hacer unas obras. Se trata de un eslabón esencial en la evolución de las formas ornamentales hispanomusulmanas y mudéjares, realizadas en yeso, y uno de los ejemplos más antiguos de los toledanos conservados "in situ".

de roble más antiguas de fecha segura —hacia 1357— son las de la Sinagona del Tránsito, cuyas yeserías tienen una evidente relación con las de la Casa de Mesa.

Las bellas hojas de vid del intradós del arco, máximo exponente de toledanismo en el arte mudéjar, partiendo de modelos góticos visibles en la Catedral, guardan estrechas similitudes con las de otros arcos toledanos. Entre ellos, el arco del Patio de los Naranjos del Monasterio de Santa Isabel de los Reyes, que nosotros hemos fechado, basándonos en las yeserías de un arco frontero, hacia 1361 (2). Otro arco de intradós decorado con hojas de vid es el del Patio de la Enfermería del mismo convento, antiguo palacio de los Toledo, para el que nosotros proponemos una fecha comprendida entre 1374 y 1385 (3), época en que los propietarios de estas "casas de San Antolín" eran Pero Suárez de Toledo [III] y Juana Meléndez de Orozco. Con todas estas obras se relaciona el llamado, vulgar y erróneamente, arco del Palacio del Rey Don Pedro, trasladado hace ya bastantes años a la Capilla de San Jerónimo de la Concepción Francisca, procedente del palacio construido por Teresa de Ayala y Fernán Alvarez de Toledo, Señor de Higares, después de 1385 y antes de 1403 (4).

Máxima originalidad y belleza tienen las dos modalidades de arcos ornamentales de las yeserías, que prueban el empleo de elementos arquitectónicos en la decoración mudéjar. Una versión consiste en ejemplares mixtilíneos, con lóbulos dispuestos verticalmente (fig. 2), de ascendencia almohade, parecidos a los del exterior de la Kutubiyya de Marraquus y de la Giralda de Sevilla.

El segundo modelo es el de la doble arquería enlazada, que engendra arcos con lóbulos y escotaduras alternados. Analizando las formas complejas y delirantes de la Aljafería de Zaragoza, vemos cómo se halla ahí el germen de esta clase de arcos, que pasa luego a los estilos almorávide y almohade. Precisamente por influencia almohade, encontramos estas formas ornamentales arquitectónicas,

(2) Ver Martínez Caviro, B., *El arte mudéjar toledano en Santa Isabel de los Reyes*. Al-Andalus, XXXVI, 1971, págs. 177-195.

(3) En mi tesis doctoral, *El arte mudéjar y los conventos toledanos*, estudio con detenimiento la historia y el arte de este convento, antiguo palacio del siglo XIV.

(4) Ver Martínez Caviro, B., *El llamado Palacio del Rey Don Pedro de Toledo*, Primer Simposio de Mudejarismo, Teruel, septiembre de 1975 (en prensa).

ya reelaboradas, en el Monasterio de las Huelgas de Burgos, haciéndose patentes en la Capilla de la Asunción, cuya construcción se inició en 1185. También el arte nazarí nos brinda ejemplares de estas formas complejas, en la Puerta de las Armas, la Puerta de la Justicia o de la Explanada, la Puerta del Corral del Carbón y la Puerta del Vino.

El mudéjar toledano, siempre atento a las novedades de Al-Andalus y del Magreb, conoce esta superposición o enlace de arcos lobulados, tanto en el aspecto constructivo como en el decorativo. Las yeserías de la Sinagoga del Tránsito muestran este sistema, formando un delicadísimo marco, en torno a los arcos apuntados que cobijan los escudos con castillos y leones. Su raíz arquitectónica, como en la Casa de Mesa, resulta evidente, ya que parten de columnillas decorativas, también de yeso.

Las concomitancias de las yeserías de la Casa de Mesa con las de la Sinagoga del Tránsito, Patio de la Enfermería de Santa Isabel y arco del Palacio de Teresa de Ayala y Fernán Alvarez de Toledo, unido al conocimiento de las formas decorativas del mudéjar toledano—evolucionando desde el siglo XII al XVI—nos llevan a fechar el Salón de Mesa, en lo que respecta a su decoración de yeso, en los últimos años del siglo XIV o los primeros del XV. Esta obra constituye el puente entre las formas ornamentales del Tránsito, exquisitas en todos sus detalles, de comienzos de la segunda mitad del siglo XIV, y las del Palacio de Fuensalida —hacia 1440—, arcaizantes en bastantes aspectos.

Evidentemente posteriores a las yeserías indicadas de la Casa de Mesa, son las tracerías góticas con labor de claraboya situados en torno al vano geminado ya citado. Estas formas geométricas, basadas en las curvas y contracurvas flamígeras, comenzaron a difundirse en el gótico toledano hacia 1430, con los canteros llegados del Norte bajo la iniciativa de don Alvaro de Luna y del arzobispo Juan de Cerezuela, cuyo principal maestro fue Hanequín de Bruselas. Poco después, antes de mediar el siglo XV, los alarifes mudéjares empezaron a dar de ellas su propia versión en yeso, siendo uno de los primeros ejemplos las yeserías, ya perdidas, del castillo de Escalona, realizadas en tiempos del Condestable don Alvaro. Tales motivos continuaron utilizándose hasta comienzos del siglo XVI. Gran desarrollo alcanzaron en el Palacio de Fuensalida, donde se mezclan con temas arcaizantes, típicamente toledanos, propios del siglo XIV.

Creemos que las yeserías con tracerías de claraboya del Salón de Mesa se realizaron con posterioridad a las de Fuensalida, probablemente en el último tercio del siglo XV.

CARPINTERIA

En consonancia con la riqueza de las yeserías, el gran Salón de Mesa se cubre con una espléndida armadura ataujerada (lám. 3). Este tipo de techumbre supone, frente a las armaduras apeinazadas, una construcción más simplificada, representando un último paso en la tendencia a sustituir la ornamentación obtenida mediante la propia estructura, por un ornato independiente. En ellas los listones determinantes del lazo se clavan sobre una previa tablazón, que a su vez oculta los verdaderos elementos sustentantes del techo. Se trata, pues, de un sistema falseado desde el punto de vista constructivo —diferente del de las techumbres apeinazadas o auténticas—, pero este método evolucionado permite una mayor riqueza ornamental.

No son frecuentes en Toledo los techos ataujerados, en general más tardíos que los apeinazados. Como ejemplares más interesantes figuran las armaduras de la Capilla del Corpus Christi de la iglesia de San Justo y Pástor, rectangular y de cinco paños, y el magnífico techo octagonal, de limas moamares con arrocabas, de lo que fue la Sala Abacial del Convento de San Juan de la Penitencia —de comienzos del siglo XVI— enteramente recubierto de lazo octogonal, con ocho cupulines o cubos de mocárabes en el almizate. Ataujerados son también diversos techos del palacio de Ocaña, del último tercio del siglo XV, y la magnífica armadura cupular del palacio desaparecido de Torrijos, realizadas ambas construcciones por don Gutierre de Cárdenas y doña Teresa Enríquez.

La armadura ataujerada del Salón de Mesa es de las llamadas de siete paños, ya que sus pares o alfardas —faldones—, ocultos por la ornamentación ataujerada, se quiebra tres veces en cada lado, obteniéndose así siete planos distintos, contando con el del almizate o harneruelo. Su labor ornamental, a base de lazos de doce, de netos rehundidos, es espléndida. Un detalle a destacar es la carencia de vigas tirantes y, por lo tanto, de canes. En cuanto a la solera o primer miembro aparente de la armadura, su decoración tallada estriba en hojas de vid con sus vástagos, en consonancia con el tema de las yeserías. A continuación el alicer —tablas continuas,

equivalentes al arrocabe o tabicones en las armaduras atirantadas— ostenta escudos cuartelados con leones y castillos.

Esta techumbre resulta original en el Toledo mudéjar, donde los modelos más frecuentes son las armaduras apeinazadas y atirantadas, como la armadura de la Sinagoga del Tránsito. También constituye una novedad en la ciudad la presencia de los siete paños, únicos en los techos toledanos. En cambio, son indudables las semejanzas de esta espléndida obra de la carpintería mudéjar de lo blanco, con las armaduras nazaríes granadinas. Como las del Salón de Mesa, éstas suelen carecer también de tirantes —techos del Centro Real de Santo Domingo, pabellón septentrional del Patio de la Acequia del Genera-life, del Oratorio del Partal, de la Torre de las Damas, etc.—. De todas las armaduras de la Alhambra la que más se asemeje a la de la Casa de Mesa es la del Salón de Comares, sin tirantes, ataujerada y de paños (5). Pero el ejemplar toledano carece de un elemento muy difundido en las techumbres nazaríes, los frisos y racimos de mocárabes, sustituyéndolos por las hojas de vid y escudos, de raigambre gótica, como mejor cuadra a una obra mudéjar, siempre a caballo entre las influencias musulmanas y occidentales.

En cuanto a fecha, creemos que la armadura del Salón de Mesa es una obra acorde con las yeserías, y por lo tanto, de fines del siglo XIV o comienzos del XV.

A continuación del testero decorado con labor de claraboya, existe en la Casa de Mesa una pequeña estancia, cuyo techillo de madera, a poca distancia de nuestras cabezas, es otra interesante muestra de la carpintería toledana (lám. 4). Se trata de un taujel —techo plano de madera enteramente recubierto de lazo, necesariamente ataujerado—, y como tal tiene por base un tablero sustentado por alfarjías o maderos escuadrados, sobre los que se asienta la tablazón. En ella se clavan los listones, muy decorados en el papo, representado las cuerdas o cintas del lazo, así como otras piezas recortadas en forma de polígonos, intercaladas entre las cintas (6). Este taujel de la Casa de Mesa ostenta, en el centro de sus sinos o estrellas, de doce puntas, cupulillas gallonadas excavadas —las

(5) Ver Cabanelas, D., *La antigua policromía del techo de Comares*, Al-Andalus, XXV, 1970, pág. 423.

(6) Gómez Moreno, M., *Primera y segunda parte de las reglas carpintería hecho por D. López de Arenas en el año IUDCXVIII*, Madrid, 1966, pág. 52.

llamadas chillas o chellas—, y en el interior de los miembros o polígonos, entre las cintas, una decoración pintada estilizada, bastante perdida. Sinos y miembros van subrayados por saetinos blancos con puntos negros. La transición del taujel al muro se realiza mediante un friso o alicer, decorado también con temas vegetales estilizados. La obra debió realizarse en el último tercio del siglo XV, siendo posterior al taujel similar, aunque más rico y mejor conservado, de la sacristía del Convento de Santa Ursula, probablemente de la primera mitad de esa centuria.

BARRO VIDRIADO

Es probable que, en su origen, el Salón de Mesa tuviera la parte inferior de sus muros recubierta con azulejos de fines del siglo XIV o comienzos del XV, en consonancia con las yeserías y la techumbre estudiados. Esta es la norma en las construcciones de la época, tanto mudéjares como nazaries. Tales composiciones de barro vidriado responderían a la técnica de cuenca y arista, con temas estrellados propios de esos años, o tal vez fueran alicatados. Sin embargo, los zócalos que hoy decoran los muros son posteriores. Su técnica sigue siendo de tradición musulmana, ya que se trata de ejemplares de cuenca en su mayoría, con elementos de cuerda seca, en forma de mamperlanes o alizares, para las esquinas. Ambos procedimientos son frecuentísimos en el Toledo mudéjar, al menos desde el siglo XIV.

Los azulejos actuales ostentan, como tema ornamental más repetido, las flores vistas de frente, de cuatro pétalos trilobulados, inscritas en una sencilla labor de cintas enlazadas, formando crucetas. Cada azulejo contiene una flor, pero, a la vez, cuatro azulejos engendran, mediante las decoraciones de sus esquinas, florones análogos. Esta composición la vemos en numerosos zócalos toledanos del siglo XVI, y cabe calificarla de morisco-renaciente, ya que, de un lado, conserva la tradición mudéjar de la técnica de arista o cuenca, pero, de otro, emplea un esquema vegetal nuevo, propio del Renacimiento. Por otra parte el colorido, con predominio del azul cobalto claro, es propio del siglo XVI. Típicos de esa misma centuria son los azulejos de tema floral estilizado, consistentes en parejas de tallos afrontados, que sirven de marco, así como los decorados con ruedas,

todo ello de acuerdo con esquemas propios del arte plateresco. Muy curiosos son otros azulejos rectangulares, en los que alternan las citadas ruedas con caras en posición frontal, típicos también del Renacimiento.

Máximo interés tienen los azulejos decorados con tema heráldico a base de dos escudos, formando pareja, situados en el borde superior del zócalo (lám. 5). Los escudos situados a la izquierda —en cada pareja— corresponden a los Pardo de Tavera, aunque su interpretación en barro vidriado, como es habitual en muchas armas, tengan algunas libertades impuestas por los vedríos. El escudo de los Pardo de Tavera es partido, primero jaquelado, con ocho piezas de oro y siete piezas de veros de azur y plata; segundo, partido, a su vez, primero con fajos de gules y segundo de oro, con águila de sable.

Los escudos situados a la derecha pertenecen al segundo Duque de Medinaceli, Juan de la Cerda, quien varió algo las armas de sus antepasados. Estos usaron primero las de don Alonso de la Cerda, llamado el Desheredado: primero de Castilla, medio cortado de León; y segundo, de Francia antiguo. Posteriormente Luis de la Cerda, primer Duque de Medinaceli, los organizó así: escudo cuartelado, primero y cuarto de Castilla, partido de León; y segundo y tercero de Francia antiguo. Finalmente, el segundo Duque, Juan de la Cerda, trajo esas mismas armas, sustituyendo, en los cuarteles segundo y tercero, el escudo de Francia antiguo —sembrado de lises de oro sobre azur—, por el de Francia moderno, que es de azur con tres flores de lis de oro puestas en triángulo.

Ateniéndose a la decoración heráldica descrita, las armas del zócalo actual del Salón de Mesa pertenecen a doña Luisa de la Cerda y a su marido Arias Pardo de Tavera. Luisa de la Cerda era hija del segundo Duque de Medinaceli —Juan de la Cerda— y segundo Conde del Gran Puerto de Santa María, a quien su tío, Iñigo López de la Cerda y Mendoza disputó el Ducado de Medinaceli. Este segundo Duque de Medinaceli —muerto el 20 de enero de 1544 en su palacio de Cogolludo— casó dos veces: una con doña Mencía Manuel de Portugal, dama y prima segunda de la reina Isabel, y la segunda con María de Silva y Toledo, hija del tercer Conde de Cifuentes. De este segundo matrimonio nació doña Luisa de la Cerda, que casó, con intervención de su hermano, el primer Marqués de Cogolludo

—título debido a la merced de Carlos V, en 1533—(7), con Arias Pardo de Tavera o de Saavedra, primer Señor de las villas de Malagón, Paracuellos y Hernán Caballero, Mariscal de Castilla, Alcalde mayor y Veinticuatro de Sevilla, Caballero de la Orden de Santiago y patrón del insigne hospital fundado en Toledo por su tío, el Cardenal Juan de Tavera. Arias Pardo estaba viudo desde el 9 de noviembre de 1540 de doña Guiomar Zapata Carrillo de Mendoza, por su propio derecho quinta Condesa de Priego, y murió en Toledo el 13 de enero de 1561.

Doña Luisa de la Cerda vivía todavía en Toledo, y en la llamada Casa de Mesa, cuando a poco de quedar viuda, llegó a la Ciudad Imperial, a comienzos de 1562, Santa Teresa de Jesús, con la que le unía gran amistad. Prueba de ésta son las cartas que la Doctora le escribió —las que figuran con los n^{os} II, III, IV, V, VII y IX, en la colección de la Fuente—. De ella dijo la Santa que “era muy temerosa de Dios y tan buena que su mucha cristiandad suplió lo que a mi me faltaba”. Asimismo dice la Santa que “tomó gran amor conmigo. Yo se lo tenía harto de ver su bondad” (8). Fruto de esta amistad entre Santa Teresa y Luisa de la Cerda fue la fundación en 1568 del Monasterio de San José en la villa de Malagón, señorío de la familia Pardo de Tavera y Cerda.

Arias Pardo cedió al mayorazgo de Malagón y sus agregados a su hijo mayor, Juan Pardo de Tavera de la Cerda; pero éste murió muy joven, a los veintiún años, en 1571, siendo enterrado en el panteón familiar del Hospital de Tavera de Toledo.

Los datos expuestos, en conexión con la decoración heráldica de los azulejos del Salón de Mesa, prestan un evidente calor humano a este antiguo palacio mudéjar, que con el tiempo pasó a dos de los más destacados linajes del siglo XVI, los Arias Pardo de Tavera y la Cerda. Como sabemos que Arias Pardo de Tavera enviudó de su

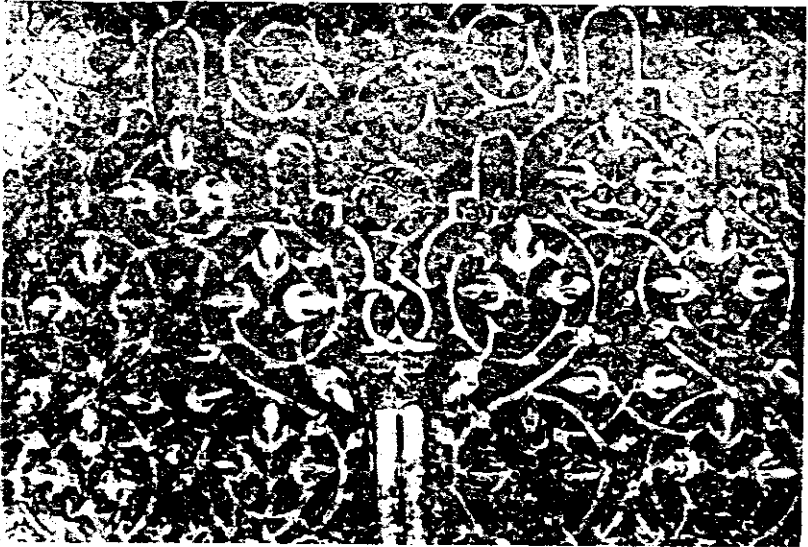
(7) Casado con doña Ana de Mendoza y Pimentel, hija del tercer Duque del Infantazgo.

(8) Ver Fernández de Bethencourt, F., *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía española*, Madrid, 1904, t. V., pág. 240.

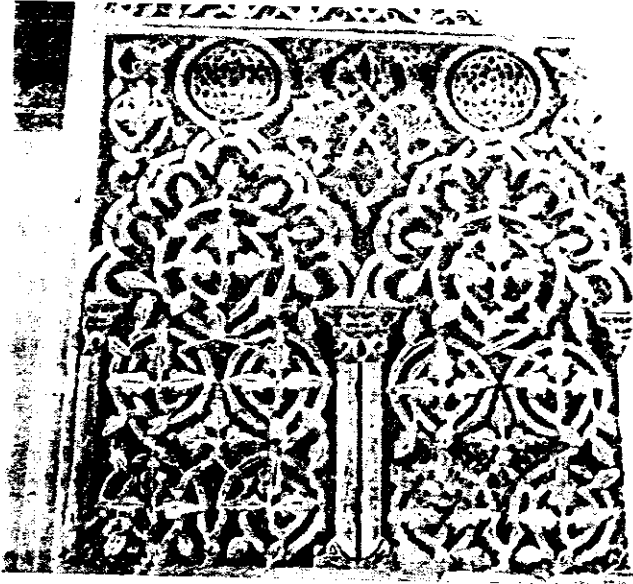
primera esposa en 1541 y murió en 1561, los paneles de azulejos del Salón se fabricarían entre estas dos fechas, probablemente hacia 1545. Ello nos proporciona una data segura para otros muchos paneles toledanos similares, conservados aún "in situ", principalmente en las clausuras conventuales. Con esta decoración de barro vidriado (9) se cierra el último capítulo del arte mudéjar del Salón de Mesa, una de las obras maestras del arte toledano.

BALBINA MARTÍNEZ CAVIRÓ
Correspondiente

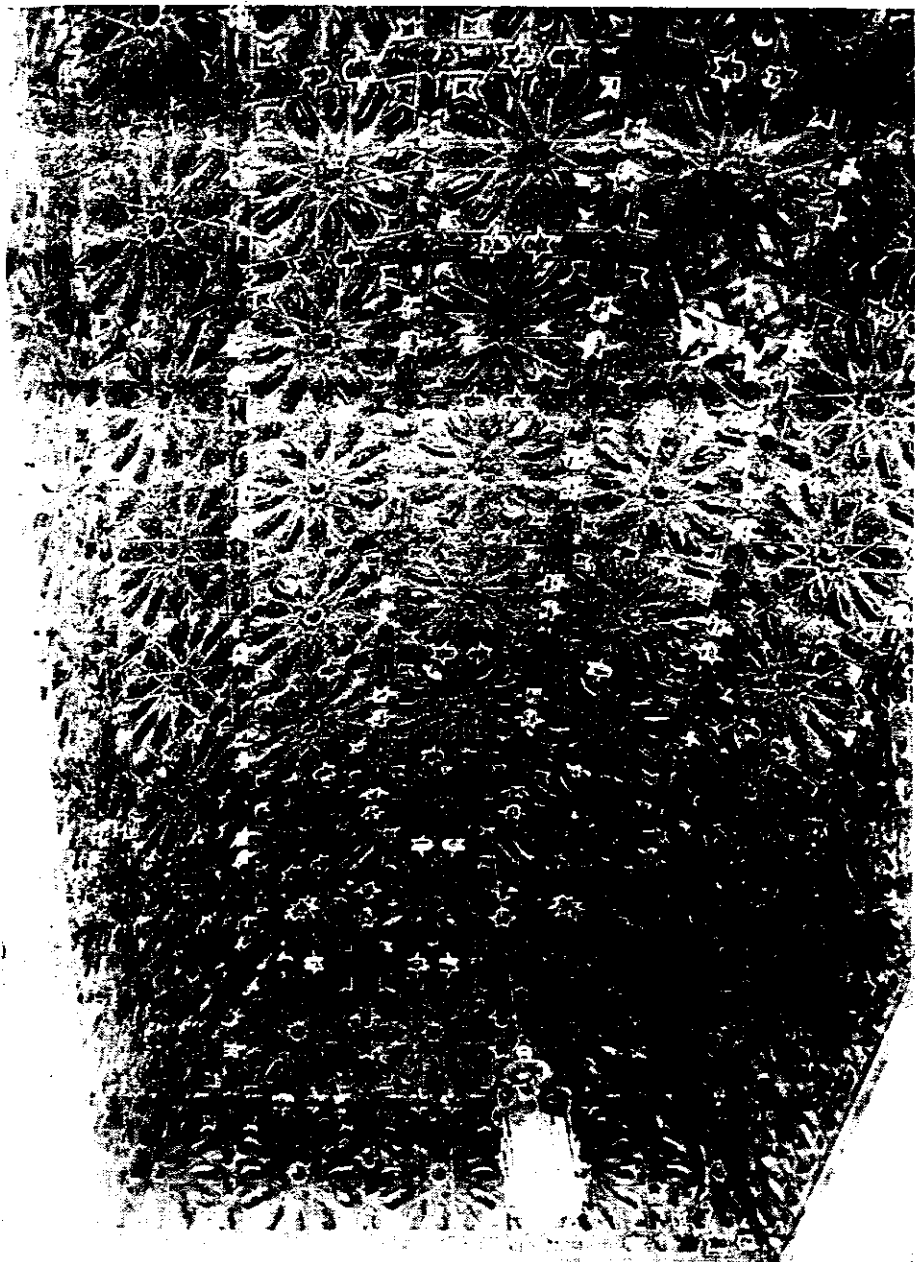
(9) Los desperfectos acontecidos con el paso de los siglos han determinado algunos cambios en los azulejos, aprovechándose algunos antiguos y utilizando, al faltar éstos, algunos realizados ya en este siglo, por el ceramista talaverano Ruiz de Luna.



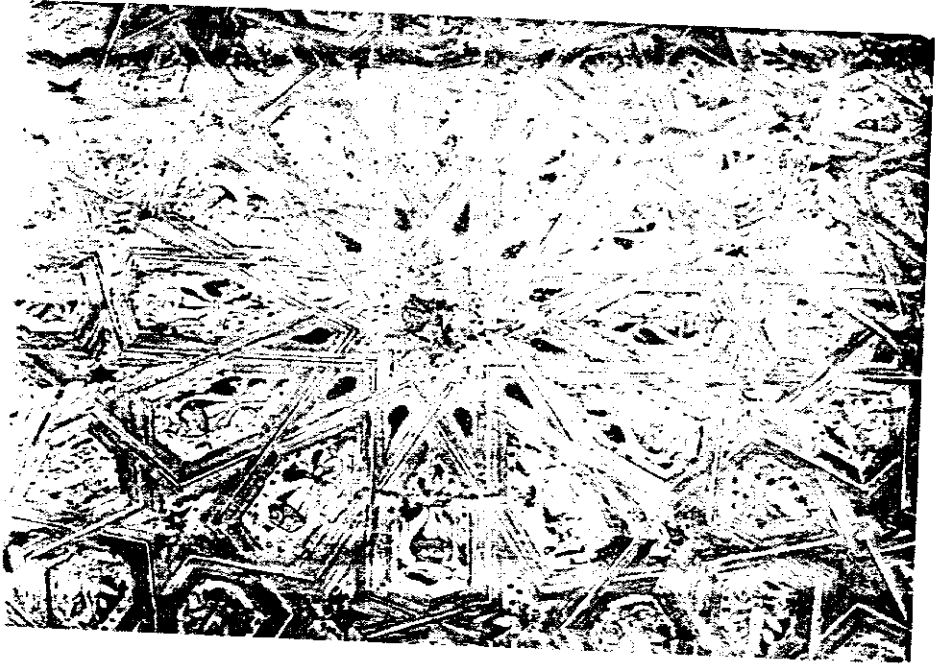
Lám. 1.—Yeserías de la Casa de Mesa.



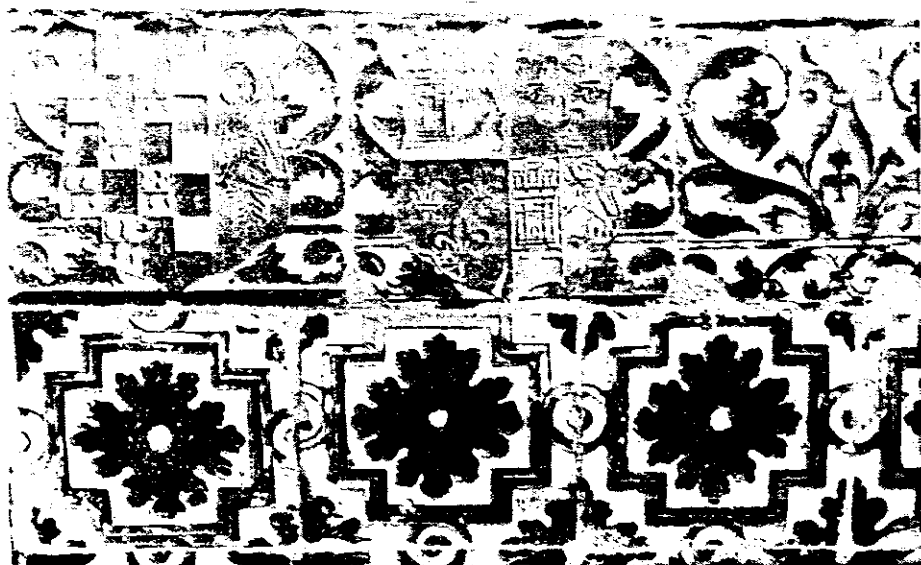
Lám. 2.—Yeserías de la Casa de Mesa —fines del siglo XIV o comienzos del XV—.



Lám. 3.—Armadura ataujerada del salón de la Casa de Mesa —fines del siglo XIV o comienzos del XV—.



Lám. 4.—Taujel de la Casa de Mesa —último tercio del siglo XV—.



Lám. 5.—Decoración mural del salón de la Casa de Mesa, con azulejos de arista y escudos de los Pardo de Tavera y de la Cerda —mediados del siglo XVI—.



Lám. 6.—Vano con tracerías flamígeras, en el salón de la Casa de Mesa —segunda mitad del siglo XV—.

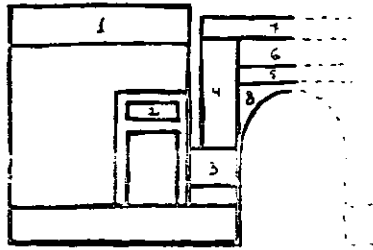


Fig. 1

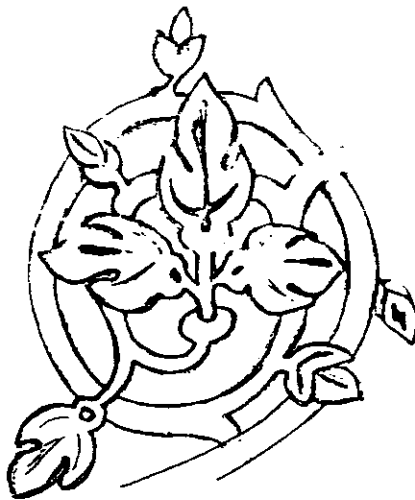


Fig. 3

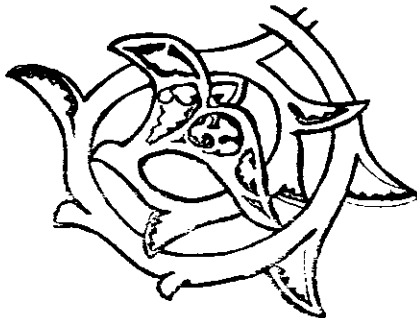


Fig. 4

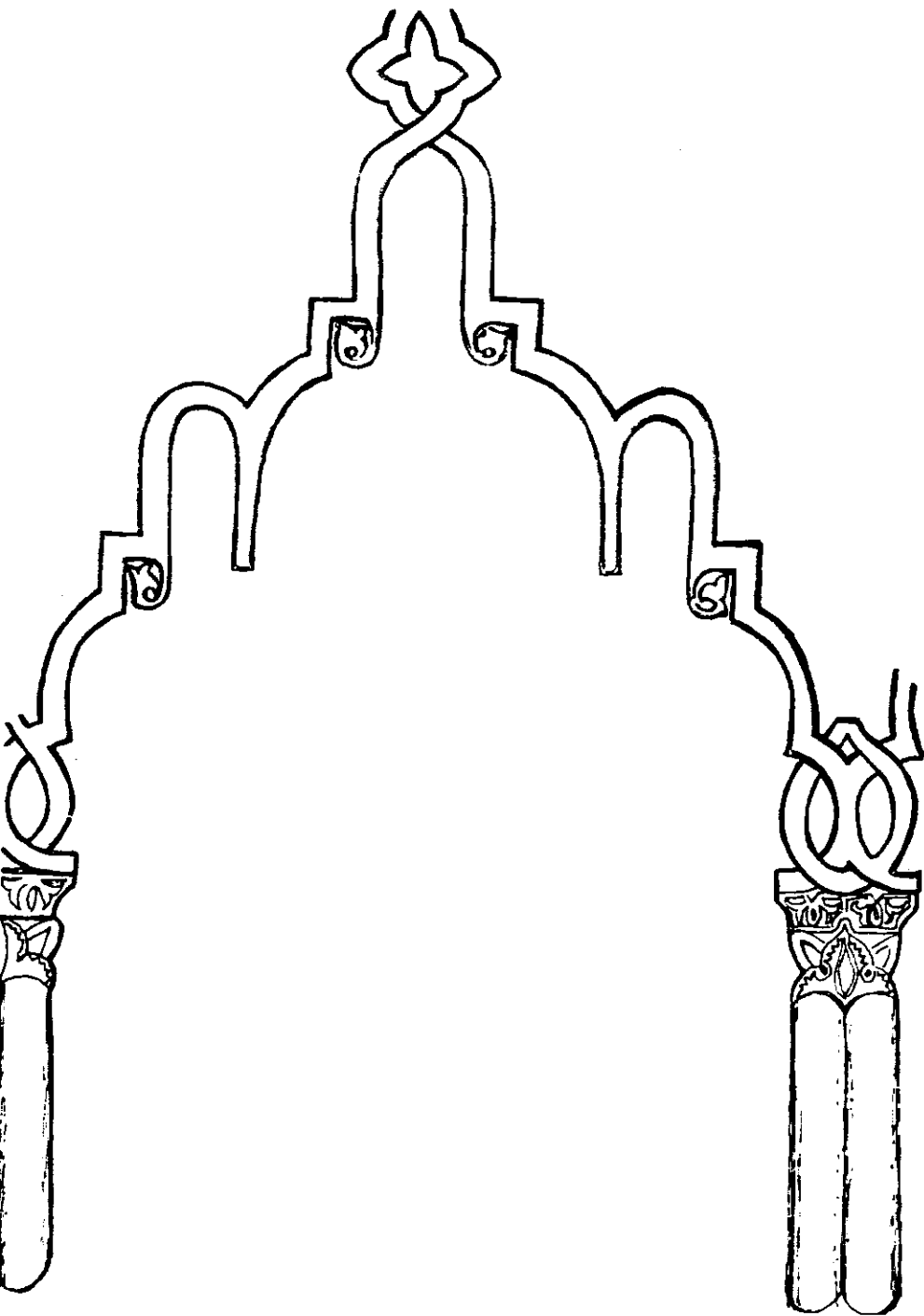


Fig. 2



Fig. 5

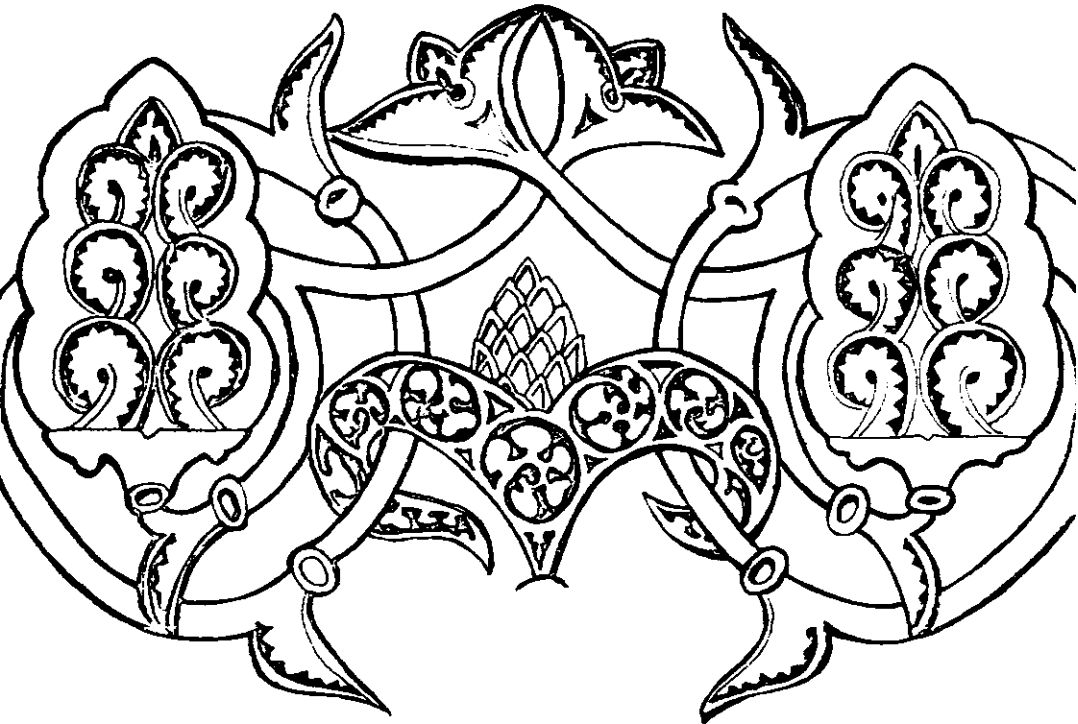


Fig. 6



Fig. 7



Fig. 8

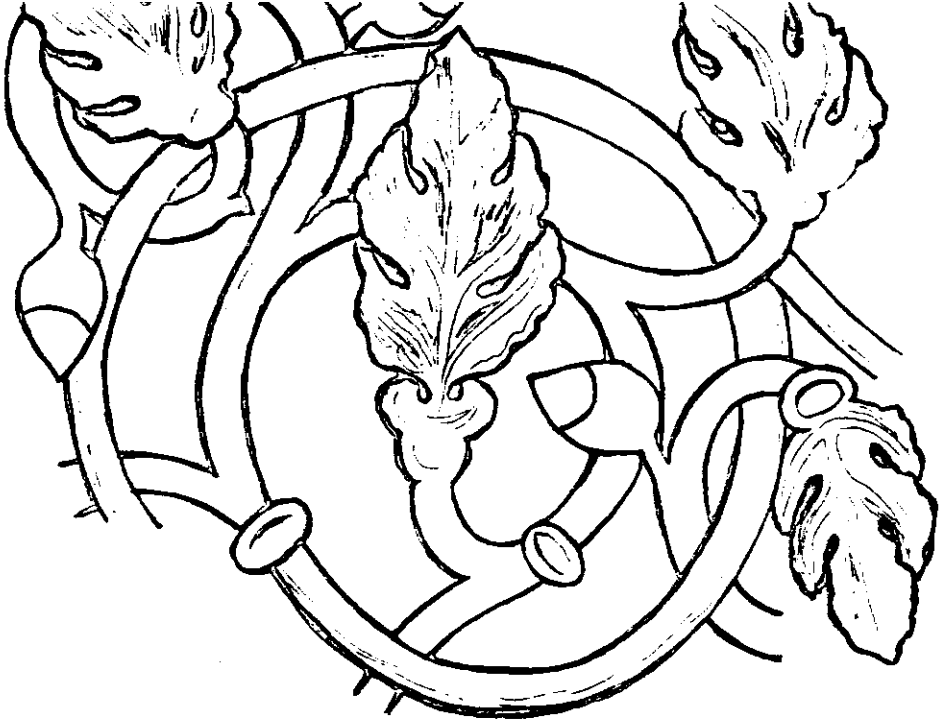
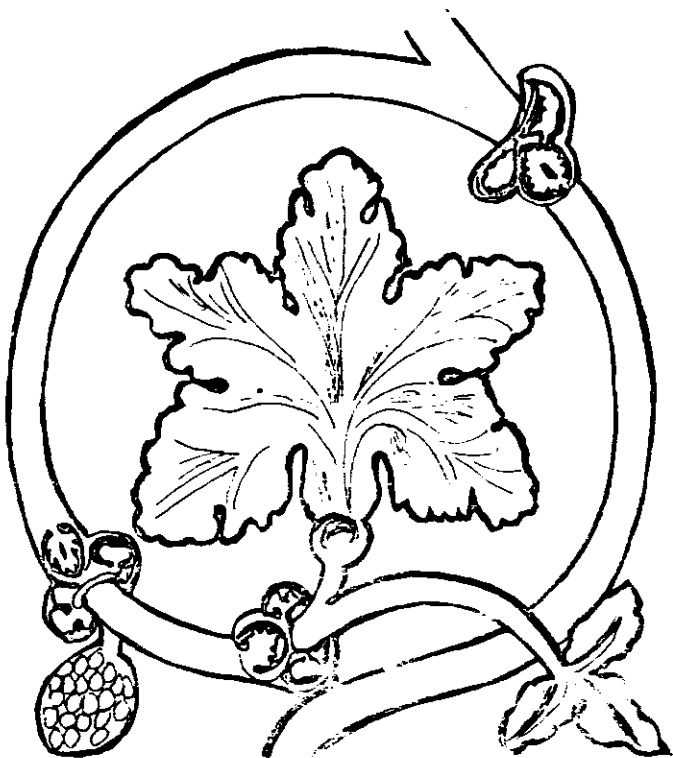


Fig. 9



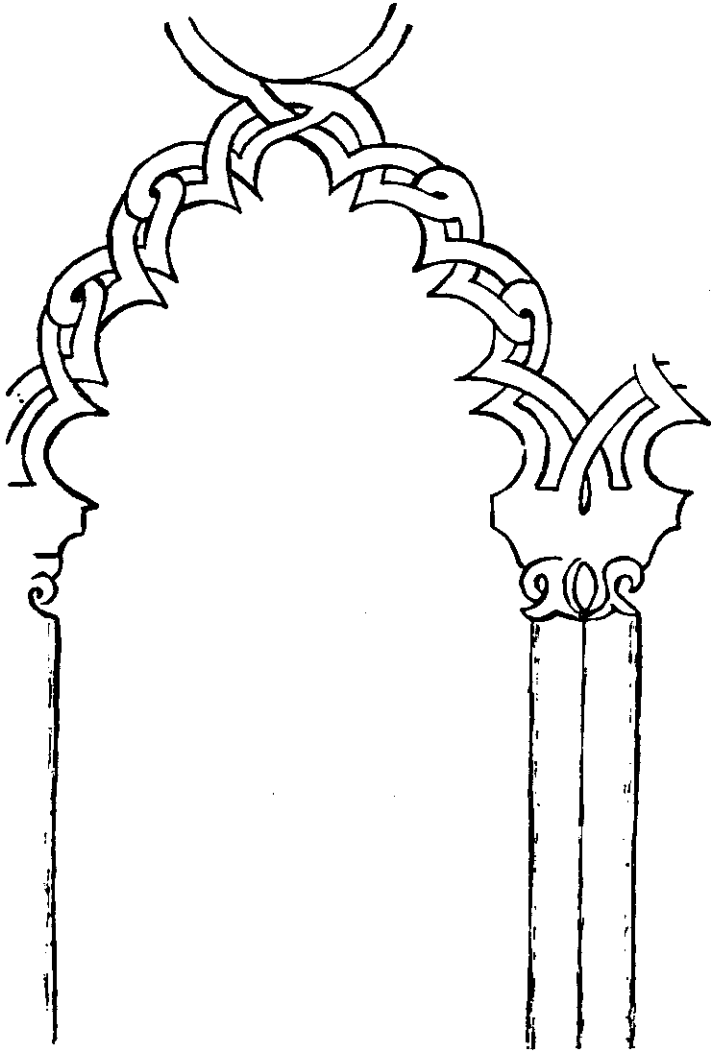


Fig. 11